

Mujeres escribiendo historia. Testimonios de mujeres indígenas en Puerto Maldonado y Lima recoge los relatos y vivencias de trece mujeres indígenas de la Amazonía peruana que, al migrar a la ciudad, enfrentan el reto de mantener vivas sus raíces culturales en estos nuevos entornos urbanos. En sus relatos se entrelazan las historias de búsqueda de nuevas oportunidades, la transmisión de saberes ancestrales, así como el uso de la medicina tradicional amazónica y la memoria de sus pueblos.

Somos testigos de un proceso de resistencia, adaptación y revitalización en el que las mujeres indígenas fomentan una ciudadanía verdaderamente pluricultural. A través de sus testimonios, ellas construyen puentes entre su identidad cultural y la vida urbana, reafirmando su papel como guardianas de la memoria colectiva y voces fundamentales en la lucha por la justicia social y ambiental.

MUJERES ESCRIBIENDO HISTORIA

MUJERES ESCRIBIENDO HISTORIA

TESTIMONIOS DE MUJERES INDÍGENAS
EN PUERTO MALDONADO Y LIMA



CAFOD
Catholic Agency for
Overseas Development



CAFOD
Catholic Agency for
Overseas Development







Mujeres escribiendo historia

TESTIMONIOS DE MUJERES INDÍGENAS
EN PUERTO MALDONADO Y LIMA



Mujeres escribiendo historia. Testimonios de mujeres indígenas en Puerto Maldonado y Lima

Primera edición, setiembre de 2024

Tiraje: 400 ejemplares

© De sus respectivos textos: Arli Sebastián Vargas, Bertha Solizonquehua Yumbeo, Maribel Carase Ochoa, Maglin Alvarado Vargas, Janeth Luz Cairuna Picota, Elsa Pacaya Vega, Eariki Jessica Silvano, Diana Ancón Rodríguez, Marilú Quispe, Drusila Canayo López, Kemerly Pacaya López, Olinda Silvano Inuma, Jessica Noemi Tananta Sanchez.

© Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica (CAAAP)

Av. Gonzáles Prada 626, Magdalena

Lima, Perú

(51-1) 461 5223

ramazoniaperuana@caaap.org.pe

<http://amazoniaperuana.caaap.org.pe> - Con Sistema OJS

Diseño y diagramación

Grupo Pakarina S.A.C.

Panamericana Norte km 26.5, H-8, dpto 201, Villa Cruz, Puente Piedra

Teléfono: (51) (1) 7195937 / 999427705

E-mail: pakarinaediciones@gmail.com

www.pakarinaediciones.org

Coordinadores del Taller de Redacción Literaria y Arte Amazónico

Dina Ananco e Israel Tolentino

Impreso en Perú

Impreso en Ideas Gráficas Editores S. A. C.

Av. Arica 552, Int. 102, Breña

Septiembre 2024

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional de Perú N.º 2024-09373

Impreso en el Perú / Printed in Peru / Perupi ruwasqa

ÍNDICE

CÓMO LLEGAMOS A PUERTO MALDONADO

Arli Sebastián Vargas	11
Bertha Solizonquehua Yumbeo	15
Maribel Carase Ochoa	21
Maglin Alvarado Vargas	27
Janeth Luz Cairuna Picota	31
Elsa Pacaya Vega	37

MI LLEGADA A LIMA

Eariki Jessica Silvano	43
Diana Ancón Rodríguez	47
Marilú Quispe	53
Drusila Canayo López	57
Kemerly Pacaya López	63
Olinda Silvano Inuma	67
Jessica Noemi Tananta Sanchez	69

El libro recoge los relatos y vivencias de trece mujeres indígenas establecidas en las zonas urbanas de Puerto Maldonado y Lima, provenientes de diversos pueblos indígenas de la Amazonía: harakbut, matsigenka, yine y shipibo-konibo. A través de sus testimonios, estas mujeres comparten sus historias de migración, sus experiencias de búsqueda de nuevas oportunidades en la ciudad y la sabiduría ancestral que han heredado, especialmente el uso de las plantas tradicionales transmitidas por sus abuelas.

A lo largo de este libro, acompañamos a estas valerosas mujeres en la recuperación de su memoria y saberes ancestrales de sus pueblos. Este esfuerzo no solo está orientado a mantener viva su cultura, sino a compartirla con sus hijos, sus comunidades y la sociedad en general, contribuyendo así una conciencia de ciudadanía pluricultural.

Esta publicación es fruto del espacio de escucha y diálogo propiciado por el "Taller de redacción literaria y arte amazónico", en el marco de un proceso de acompañamiento y fortalecimiento de la participación y actoría de las mujeres indígenas en los vicariatos de la Amazonía peruana.





Cómo llegamos a Puerto Maldonado



Arli Sebastián Vargas

Soy Arli Sebastián Vargas, tengo 27 años. Vengo de la comunidad de Monte Salvado, pero por el momento, por el trabajo, estoy en Puerto Maldonado. Mis papás son de Bajo Urubamba, vinieron de Yará. Ellos me contaron que vinieron de la cabecera del Ucayali, en la frontera de reserva de Madre de Dios, por la cabecera hasta Puerto Maldonado. Era un transcurso de viaje de treinta días en la balsa.

Toda mi niñez la pasé en la comunidad. Después de haber culminado el nivel primario me vine a la ciudad de Puerto Maldonado, ya que en la comunidad no contamos con nivel secundario. Por esta razón mis padres me trajeron a la ciudad.

Monte Salvado está ubicado en el distrito de La Piedra, también, como Tambopata, en ambas márgenes, la margen izquierda. En mes de junio, julio y agosto nos dedicamos a la cosecha de taricaya para consumo porque es uno de los alimentos principales de los que hay. Hace años, ocho si no me equivoco, nuestros papás, con el apoyo de algunas ONG, decidieron ya no. O sea, anteriormente nosotros los comíamos todo, pero en los últimos cinco años, ya no. Comemos una parte y la otra la repoblamos; como repoblamiento artificial o como repoblamiento natural. En el mes de octubre ya las charapitas comienzan a salir del nido y las tenemos un mes, hasta que los caparazones sean más duritos para que los peces grandes



no los devoren. Los tenemos ahí, un mes, después que sean duritos, volvemos a liberarlos, liberamos entre mil a cinco mil taricayas al año.

Por familia a veces les ponemos cincuenta mil, ¿de acuerdo a qué cantidad encuentren no? O sea, siempre consumimos la mitad y la otra mitad tenemos que repoblar, eso para que con el tiempo no sea ninguna especie en extinción. La taricaya la consumimos en dos formas, tanto en huevo como en cuerpo. El huevo lo comemos, puede ser salado, también se conserva tres meses salando. Su cuerpo, su caparazón, lo comemos en asado y sus carnes en mazamorra de plátano, como toda carne sancochando con agua y sal y rallado con plátano. Se mata con machete a los costados y se procede a sacar por presa dos partes.

Según nuestros ancestros, los yines siempre fueron artesanos. Nuestros ancestros, mis abuelos, la familia de mi papá, fueron artesanos. Ellos han impulsado la artesanía y siempre los ancestros de mi papá fueron tejedores. Este diseño mayormente se lleva en la corona de los hombres, como también en la cushma, el traje de los hombres. Tenemos setenta y dos diseños que están en el libro de los yines, son casi similares, solamente son un poco jaladitos.

Mayormente, los yines cada año, antes de la pandemia, se reunían, si no me equivoco, tres veces, pero después de la pandemia ya no se volvieron a juntar. Hubo un encuentro de yines, pero solo el sector de Madre de Dios. Antes de la pandemia había una reunión en la que se hablaba de los diseños. Vinieron los yines de Ucayali, Cusco, Junín y Madre de Dios, también de Brasil y Bolivia. Hablaron de los diseños yines y también en una de esas reuniones se habló del registro de los diseños en Indecopi, por el cual ha sido posible registrarlo ya, como una marca.

Para elaborar un bolso morral se debe cosechar primero el algodón, luego sacarle las semillas y limpiarle el algodón. Luego, se hace un tiempo de secado para empezar a hilarlo y se comienza a elaborar, para que esté el tejido acabado. Eso demoraba entre un mes o mes y medio. Los yines tienen un solo color que es blanco, además el negro y rojo. El negro lo obtenemos del barro hervido

con resinas y huito, ya que el huito, con el tiempo, hace un color oscuro y el rojo lo obtenemos del achiote. El blanco, mayormente el algodón es blanco cenizo y para obtener otro, pintado de diferente tipo, cogemos un barro que se consigue, un barro blanco.

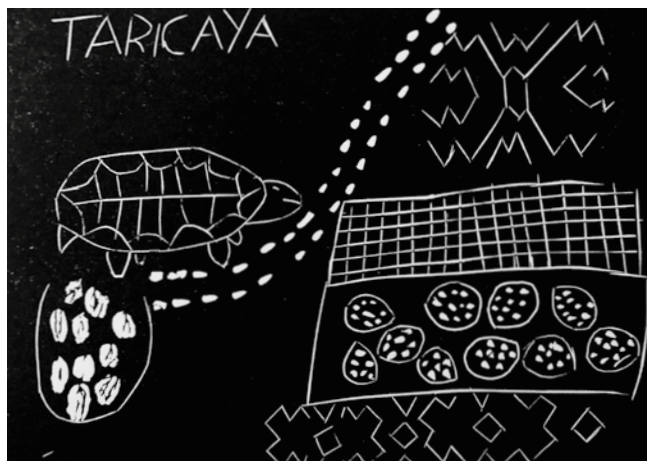
Mi mamá me contaba sobre mitos de los antepasados. Había una joven que era una huérfana de mamá y papá y se casó con un joven. La familia del joven era una familia de tejedores, tejían, tenían diseños bonitos, se dedicaban a la cerámica y todo. Pero la joven, ella no sabía nada y lo que recibía por parte de la familia eran críticas y golpes por no saber tejer y tampoco armar. En un día ella fue a la chacra y se le apareció una mujer y era la araña, se llamaba Shamkalo, y ella le dijo a la joven que ella iba a hacer todos los tejidos, que solo consiguiera algodón y no se preocupara más. Ella haría todos los trajes, todo, pero tenía que subir el algodón arriba, colgado en un cesto, y cada tres días la canasta donde ponía el algodón se movería y tendría que bajarlo. De allí salían unos lindos trajes y las cushmas para el hogar. La familia de su pareja se dio cuenta, ¿por qué ella tiene los mejores trajes si no sabe tejer? Entonces la emborracharon para que ella pudiera decir cómo lo consiguió, pero la araña le había dicho que no contara a nadie que era ella la que hacía. Entonces la embriagaron más, para que dijera quien le está haciendo, pero era un secreto, un pacto, que ella hizo con la araña, con Shamkalo, que no avisara a nadie de donde venían esos lindos trajes. Cuando la embriagaron, comenzaron a pegarle y entonces la chica habló diciendo que fue la araña. Aquella noche, al amanecer, ya no había trajes, solo un montón de algodón. Después la araña, de pronto, apareció de nuevo en la chacra. “Te dije que no avisaras a nadie, ahora vas a vivir tejiendo”. Y ese es el cuento de Shamkalo, la araña tejedora.

Anteriormente, la unión de la pareja lo decidían los papás, o sea los padres de la mujer. Ellos tenían que ver a su conveniencia, si el hombre era un buen cazador, un buen pescador y ellos decidían si era la pareja que le correspondía.



En caso del alumbramiento, en la comunidad es que uno queda en estado de gestación y ya comienzan a tomar yerbas para que al momento de dar a luz no sea un parto de largas horas, sino corto. Siempre se tiene la ayuda de los sabios, de los abuelos, cuando hay el parto. El corte del ombligo, según lo que me contaban los abuelos, era con pata. Ya en el tiempo de gestación tenían que empezar a tejer cushma para el abrigo del niño y se amamantaba el niño hasta los dos años.

Mis papás, los que decidieron que se unieran fueron los padres de ellos. Nunca se enamoraron, nunca se conocieron y hasta ahorita que tienen sesenta y tantos años siguen juntos. Somos diez hermanos, cinco mujeres y cinco hombres.



Taricaya



Bertha Solizonquehua Yumbeo

Mi nombre es Bertha Solizonquehua Yumbeo, soy de la comunidad Santa Rosa de Huancaya, etnia wachipaire del Alto Madre de Dios. Bueno, voy a contar como llegué a acá. Yo no conocí a mi padre, solamente a mi madre, porque ya había fallecido. Mi madre se llama Juana Yumbeo Nájar, ella era matsigenka. Mi madre se vino a las misiones franciscanas, a un lugar que se llama Picopata. Allí estuvo, después, ya a los tres años, me trajeron a ese sitio, a esa misión de los franciscanos, donde me crie hasta los catorce años. Cuando ellos se fueron, había acabado mis estudios primarios, pero hace poco acabé mis estudios secundarios.

Bueno, ¿cómo vine a Puerto Maldonado? Fue porque tuve una beca por la Fenamad, por un hijo mayor becado. Por él, le acompañé, vine con el padre misionero, que es dominico, el padre Ignacio Vicentubi. Después, al siguiente año, regresé. Mis hermanos me dijeron: "Tú nunca has vivido acá en la comunidad, tú has vivido fuera, ahora te toca ir a representar a la Fenamad, a un congreso". Yo fui por primera vez a un congreso, creo que en el año 1987. Ese congreso se llevó a cabo en la comunidad de Palma Real y a mí me eligieron como secretaria de asuntos de salud creo. Asumí allí, estuve allí y luego también asumí el cargo de secretaria de defensa, y en esos años, estuve mucho acá en Puerto Maldonado. Así llegué.



Acá conocí a una persona y, bueno, me quedé, de esa manera. Volví a mi comunidad, pero como mi hijo estudiaba acá, ya me quedé acá y hasta ahora me quedé. Pero sí, espontáneamente me vuelvo a mi comunidad, un rato, a ver a mis hermanos, a mi familia. A mis hermanos más que nada, porque yo ya no tengo papá.

Soy una mujer indígena. Mi madre me enseñó a hacer el trabajo de esta cosita que llamamos kempu, después me enseñó a hilar, que es el algodón natural como se hila. Luego, me enseñó a hacer kempus, como llamamos a elaborar esas ollitas de barro, a tejer el tamshi. Lamentablemente, como no vivo en mi comunidad, no los hago, pero sí los puedo hacer, siempre y cuando estuviera en mi comunidad. Porque yo no pierdo esa tradición que mi madre me dejó. Entonces a ir a pescar, preparar un pacamoto, preparar el patarashca, es algo normal, algunas medicinas también me enseñaron.

El pacamoto se prepara en el bambú, nosotros le decimos el paca. Allá en mi tierra es grueso y largo; allí se lava el pescado, si tienes sal le echas nada más. No se hecha condimentos es algo natural. Luego se le tapa con las hojas del bijao y en el fogón se le ponen los palitos del pacamoto y se va volteando solamente. No se le echa ni agua, allí nomás en la paquita. Ya cuando sirven se echa en una hojas así, en unas canastas que se hacen en las hojas de bambú, como palmeras tipo bandejas. De allí se comparte con toda la gente, las personas que estamos del grupo. ¡Siempre ha sido compartido, nunca de que tú no! Todos nos sentamos así, como en una bandeja, todos alrededor, cada uno. Pero si era un pedazo de un pavo o una perdiz, éramos bien delicados. Teníamos que comer pedacito y un pedacito de yuca y un pedacito de plátano, pero sí, muy delicado. No era que teníamos que comer muy rápido, esas cosas teníamos como tradición. Comer lentamente, un pedacito, otro pedacito, luego las mamás que preparaban su masato, igualito con el pescado.

La preparación del masato, cuando es para repartir con menores, no es muy fuerte, es mediano. Pero cuando es para algo especial se prepara en una pona,

que es como barrigona, sacan los varones lo que está de adentro y allí es donde echan el masato para que pueda fermentar. Una vez pasados de tres a cuatro días, lo destapan. Hay mujeres que hierven el agua, no se prepara con agua fría, sino media entibada, entonces allí lo mezclan en ollas grandes y luego lo vuelven a echar en esos barriles de pona, que son barrigotas, para que pueda fermentar. Con este pate con que me ve, se sirven. Hay otros pates más grandes, para los niños son pequeños. Cuando es para compartir en casa, como en familia, cuando hay fiestas, son ya más grandes. Acá se llama pate a la planta, en mi tierra le dicen el pamuco. Este es el que existe en mi tierra, pero son redondos, no me acuerdo de eso, pero sí hay así y el otro más grande. También hay más grandes, que le hacen huequito para traer el agua, porque nosotros antes no teníamos balde. Le hacían un hueco al medio, a los costados y lo metían a la quebrada y nos servía para poder cocinar. Era una partecita donde le echábamos allí a la olla o a las panzas que teníamos más grandes para poder lavar también, eso sí.

El palito en vez del encendedor. Nosotros teníamos un palito largo que era para prender y que allí tenía un redondito y con eso teníamos que hacer así (frotar con las manos, haciendo girar). Veía la candela y ponía un algodón, con eso era que prendía. Era una tablita, creo también era del mismo material, pero bien seco. Entonces nuestros papás venían, era alguien especial que realmente conocía. No era cualquier fuego, era algo especial, ellos conocían. Entonces traían un poco de algodón y ya prendían y ya veían candela. Eso era lo de nosotros, tradicionalmente, teníamos nuestros fuegos. Era así, eso sé, porque yo he visto a mis hermanos hacer el palito para prender, porque generalmente los hombres lo hacían para prender el fuego.

Para casarse, tenía que hacer, el hombre, méritos, sin eso no podía casarse. El varón debía traer leña, yuca, sachapapita para la mamá de la chica y otros productos. Cuando era aceptado, el hombre tenía que ir al monte a cazar cualquier animal para los invitados por parte de la pareja de la mamá. No lo comía



la pareja, sino los invitados. Era un secreto para ellos. Eso es en el grupo Huachitpayá, en los otros no sé cómo se hace.

Cuando la mujer por primera vez reglaba, hacía su primera menstruación, le hacían una chocita de palmeras donde ahí la ponían. Todos los días que estaba allí con su regla, hasta que termine, el novio tenía que traer el tapiche, traer el algodón, esas cosas para que, dentro de esa choza, aprenda a tejer. Si ella sabía hacer esas cosas, entonces podía ser pareja. Durante ese tiempo, por lo menos una semana, una fiesta. Eso yo recuerdo, pero a mí no me hicieron, porque me trajeron a la ciudad, a las misiones, pero sí sabía porque mi madre me contó.

¿Cuándo nacía el primer hijo? Nunca he sabido cómo preguntar, ellos han sido muy reservados. Como decir, era un tabú muy cerrado, un secreto para ellos, decir, hablar de esto... Yo tenía entendido que sí habían buenas parteras, por ejemplo, mi madre. Ella sabía ayudar a dar parto. Yo, el nacimiento, no he visto como lo hacen, pero mi madre sí. A una mujer que no podía dar a luz ellos le decían "exigua", pero esa exigua yo no sé cómo era de nombre. Solamente me acuerdo que mi madre calentaba agua y luego le sobaba la parte de la cadera, pero tenía que ser con plantas medicinales.

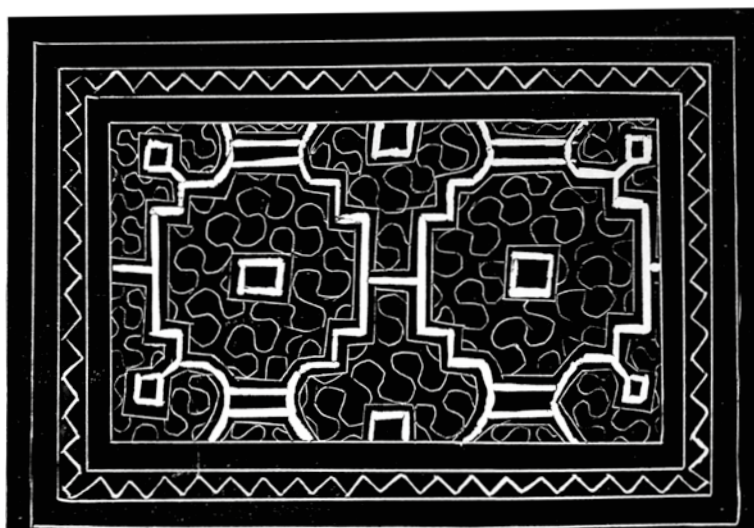
Ellos, aparte de eso, tenían también una creencia. Yo creo que sí, para ellos, existía dios, porque a dios le decían Apertón. Entonces, yo pienso que al hacer exigua pensaba en dios. Cuando la mujer no podía dar a luz, decían: "Vamos a hacer exigua". Por eso yo digo que ellos se iban rotundamente a hacer, a concentrarse. Allí es donde ellos decían: "Vamos a exiguar". ¿Para qué?, para que pueda dar a luz, para que el alumbramiento salga bueno, eso yo escuché, mi madre sabía. Yo nunca me atreví a decir: "Madre enséñame". Eso sí, me dolió mucho cuando mi madre murió.

Hay malas parteras también. Donde, por decir, venías a dar parto y, de repente, tú no eras tan acogida. Esas malas parteras te hacían lo contrario. Entonces, a veces nacían muertos, que es lo que más enojaba. Así, yo digo, tanto he dedi-

cado a esta ciudad tan grande y la gente de la ciudad también ha sido así. No solamente nos ha pasado a nosotros, sino también afuera.

Hay un cuento sobre el rayo. Antigüamente, se dice, era una persona. Y esa persona, por decir, ve a una chica muy hermosa. Ella se enamoró de esa persona prohibida, que le decían tocto, no sé cómo se llama en castellano. Esta chica se había casado y, cuando se iba, se encuentra con su esposo y le dice: "Súbete, yo quiero comer ese tocto". De allí no sé qué pasó, el hombre desnudo bajó y la mujer estaba arriba, entonces el hombre decía: "¿Dónde estás?". Ella le dijo: "Acá, estoy arriba, si quieres vienes y me chapas". Entonces, ya el hombre subía y la mujer bajaba y en eso, la chica se había enamorado del sol. Entonces, el hombre cansado de esperar que no bajaba, se fue a su casa. De allí se fue la mamá, la suegra le dijo: "¿Dónde está mi hija?". "No sé, no la puedo bajar porque se ha subido al árbol de la Tocto". De allí le responde: "¿Cómo? Si tú te has casado con ella, cómo puede ser". Pasó el tiempo, esa persona era el sol y la chica apareció embarazada. No era del chico con quien se había casado, sino que era del sol. Entonces bajó embarazada. Cuando quería llegar a su casa, en el camino, había tigres, que querían atacar a la chica embarazada. Entonces, cuando quiso entrar a ver a su madre, tenía que pasar por donde habían un montón de tigres. En eso, cuando se escondió la chica y no le agarró el tigre, pues estaba embarazada, vino el sol y saltó al río. Porque a la chica le pusieron al bebe y saltó al río. Habían unos pescadores que le cogieron, salió el chico del río y se vino a la casa. Le cogieron con una malla y le tuvieron. Era el hijo del sol. Entonces, cuando le recogieron, el sol no quería estar con ellos, sino que le dijo: "No, yo soy el hijo de la mujer que le mordió el tigre". Él, con miedo, ya no quiso estar con ellos, entonces ellos quisieron chaparle y lo único que hicieron era saltar. Total, era el sol. Y así es el cuento que se queda.





Defendiendo mi identidad



Maribel Carase Ochoa

Mi nombre es Maribel Carase Ochoa, del pueblo harakbut, de la comunidad nativa de Shintuya, que está en la provincia del Manu. Tengo cuarenta y cuatro años. Voy a contar un poquito de mi niñez, cómo ha sido. De niña estudié en la comunidad nativa de Shintuya hasta los once años. Mi padre siempre me ha inculcado para poder estudiar, mi mamá igual. Tenía que estudiar, ir a la escuela, pero igual ir a la chacra también, a ayudar en los quehaceres de la casa, a cocinar. Yo de niña sabía cocinar y también

cultivar la chacra, pero, más que todo, era ir a la escuela. Era en dos partes, en la mañana estudiabas y en la tarde era práctica. Los profesores eran las misioneras dominicas, misioneras seglares, siempre me inculcaron para que lea, para que sea alguien en la vida. A veces se quedaban dos o un año las profesoras seglares, y eso nos ayudó bastante, así he podido terminar la primaria.

Cuando llegaba vacaciones, lo mejor era ir a pescar y poder encontrarnos con los abuelitos. Íbamos a un lugar para poder pescar, cazar, recolectar frutos y los abuelitos en las noches nos contaban cuentos, mitos que a nosotros nos llamaban la atención. Eso me gustaba a mí, porque los abuelitos sabían mucho de estos cuentos y era aprovechar ese momento cuando íbamos allá en vacaciones cortas de medio año. Eso hacíamos para poder sustentar también nosotros en la casa.





Estudí hasta los once años en la comunidad de Shintuya y luego me vine para la ciudad de Puerto Maldonado, donde estudié en el colegio de señoritas Santa Rosa. Antes era así, terminé los cinco años junto a las hermanas mexicanas. Estuve en internado, donde he podido aprender muchas cosas, adquirí capacidades de las hermanas mexicanas. También he podido relacionarme con las hermanas dominicas, como mi directora la madre Amparo Álvarez. Es así que de enero hasta febrero era estar en la comunidad y de marzo hasta diciembre estudiar toda la secundaria, estar allí, dejar a tus papás y he pasado un mes llorando. Me afectó bastante estar acá, en una escuela. No entendía el castellano, yo hablaba siempre la lengua harakbut. Me afectó y las hermanas me ayudaron también: "Tienes que leer". Empecé a leer los libros y las mismas compañeras también me ayudaron bastante. Había compañeras que eran empáticas conmigo, sabían que teníamos una comunidad y que no entendíamos mucho el castellano. Para mí ha sido un reto y ahora estoy ya hablando en castellano, ya lo superé.

El padre, el monseñor Larrañeta, me dio una beca al Cusco para poder estudiar, pero no había para estudiar en la universidad, solamente, me dijo, era la carrera técnica de enfermería por tres años en Cusco, en el instituto privado Antonio Lorena. El estudio era muy competente. Tenía que levantarme a las tres de la mañana para tener buenas notas, si no tenía buenas notas ya sabía que el padre me mandaba a mi comunidad, me hacía regresar. Yo no quería eso, yo no quería ir a la comunidad sin ser nada, me propuse; y el padre: "Bien, claro", me dijo: "Tú debes de tener buenas notas para poder seguir estudiando". Era una beca integral y la he aprovechado, tengo que hacerlo, me dije. Bueno, yo quería la universidad, pero, lamentablemente, mis padres no disponían de lo económico y los únicos que me pudieron respaldar fueron los padres dominicos. Luego, terminé la carrera de técnica de enfermería y regresé a la comunidad de Shintuya para poder prestar mis servicios como técnica enfermera.

Estuve ocho años brindando servicio en la comunidad y ya formalicé. Me casé allí, tengo dos hijas. Mi esposo también es harakbut. Es así que estuve ocho años y luego hubo una oportunidad de poder estar en la Gerencia de Desarrollo Social como asistente técnica, solamente siete meses. Luego, retorné al MINSA, porque salió una resolución para ser nombrada. Soy nombrada, tengo dos hijas y todo lo hacía por ellas.

Me puse a trabajar, hasta ahorita sigo trabajando, para el Ministerio de Salud, en el Puesto de Salud Pueblo Viejo. Es así que estudio en la Universidad Amazónica de Madre de Dios. Ahora soy egresada, próximamente también me van a dar mi bachiller de la carrera profesional de Administración y Negocios Internacionales. Actualmente, mis hijas están estudiando. Era algo gracioso ir con mis hijas a la universidad, parecía la gallina. Yo iba con mis dos hijas, ellas estudian ingeniería, yo me iba para administración, "chau, mami", "chau, ya".

Como harakbut y mujer indígena, los momentos más duros que he pasado fue el reto grande de salir adelante, dejar la comunidad. Esto ha sido un cambio, me ha costado bastante, hasta ahora, valorar los conocimientos de los abuelitos. Porque estoy viendo que los jóvenes no lo toman en cuenta. Antes no teníamos las herramientas como el celular, pero ahora los jóvenes tienen lo necesario para poder hacer grabaciones a los abuelitos, pero no lo hacen, no lo aprovechan. Esta herramienta es muy importante ahora, en ese tiempo. Si yo hubiera tenido, lo hubiera hecho, pero a mí me duele que los abuelitos se vayan con sus conocimientos. Inclusive mi padre falleció, también mi madre y se quedó en nada. No, los conocimientos se quedan allí.

Yo siempre estoy muy vinculada con los abuelitos, en el trabajo más que todo. Me decían para poderles trabajar con las plantas medicinales y yo lo fusionaba con la medicina occidental. Es así que, hasta ahorita, hago eso. Los cantos orales, por ejemplo, a una señora en mi comunidad, el abuelito le cantaba para que no le duela o no sangre mucho, pero no se han podido rescatar estos cantos, parece



que ya se han perdido. A mí me daban ganas de tener esas herramientas para poder grabar y eso que se quedó allí. Hay muchos abuelitos que sabían cantos para que te calme el cólico. Es una comunidad donde todos son sabios, por eso los abuelitos, para mí, son tesoros muy preciados.

Del matico voy a comentar un poco. Esta planta medicinal, que es muy curativa, he podido utilizar durante el COVID-19. Antes, nuestros ancestros, mis abuelos, siempre han trabajado con las hierbas medicinales. Uno de mis sobrinos soñó que los abuelitos le decían que acuda a la señora Maribel. Así, mi sobrino acude a mi persona y me dibuja que, con una mano, estoy agarrando la pastilla y con la mano izquierda, las hojas de matico y he podido fusionar. Le dio covid a mi sobrino, le empezó a doler la espalda. No lo llevé al hospital, en la misma casa le tuve, una semana estuvo con nosotros, haciéndole baños y le di matico y mejoró bastante. Eso, para mí, es tener fe en la planta. Cuando uno quiere tener fe se lo hace, las plantas son también seres vivos, yo les tengo mucha. Mi sobrino me regaló ese cuadro en memoria de que le curé. “Me hizo bien esa planta”, me dijo. Todo está en ti, hay que tener fe, nada más.

Voy a contar un poco de mi experiencia en mi centro de labor, donde empecé a trabajar como personal indígena. Cuando comencé a trabajar, ellos creyeron que era una mujer indígena que estaba sin ropa, se imaginaban sin ropa, y yo estuve totalmente uniformada, como todas. Pero sí sabía cómo se ponen a pensar lo peor de una mujer indígena que va a formar parte de una institución. Eso un poquito que me chocó, me dolió, cómo pueden pensar: “Estará con taparrabo”. Yo estaba al lado de una compañera, hasta que el gerente me presentó: “Pase la compañera Maribel”, y pensaban verme con plumas y calata, pero yo estaba uniformada. Empecé a hablar y se sorprendieron todos mis compañeros. La otra experiencia que tengo fue en un congreso. Yo quise hablar de lo que yo sentía, más que todo por la educación de los jóvenes que estaban acá y que no había resultado. Mi preocupación, como joven también, ese tiempo lo estaba, era decirles

lo que estaba pasando, porque había amoríos entre dirigentes con estudiantes. Prácticamente, no podían las chicas sobresalir, porque las hacían sus mujeres allí no más en el internado y esa era mi preocupación. Fui para alzar mi voz y me callaron, me quitaron el micro, estando personas allí profesionales. Yo sé que hay libertad de expresión. Habían mujeres que no fueron capaces de levantarse y decir que uno es libre de opinar. Me quitaron el micro, me apagaron la voz y yo me quedé muy asustada, porque querían cogerme las demás allí. “Calatearme”, dijeron. Con otra paisana también fui, ella me acompañó, pero fue muy fuerte como me dejaron sin voz. Me quedé traumada por muchos años, hasta que solita empecé a soltar todo eso.

Hace poco no más, me contacté con la señorita Beatriz. Allí empiezo a soltarme recién, me dieron esa confianza nuevamente para yo poderme soltar. Siempre he tenido ese temor, pero lo he superado. Primero era llorar y llorar, pero ahora me siento más tranquila. Incluso, ingresé a la universidad y pude demostrar a mis paisanos que sigo apoyando a mi comunidad al lado de mi esposo, en cualquier evento están mis hijas y apoyan a su papá. Yo también estoy como mujer. Mis paisanas vienen y allí estoy, a pesar de que trabajo en una institución. Estoy haciendo mi tesis y quiero graduarme como licenciada para poder aportar en ese aspecto como profesional indígena. La carrera profesional de administración es lo que quiero y sería mi felicidad.





Resurgió mi voz indígena



Maglin Alvarado Vargas

Mi nombre es Maglin Alvarado Vargas del pueblo yine, comunidad nativa Monte Salvado. Voy a contar un poco de mi niñez, de cómo llegué a Puerto Maldonado.

Yo soy de una comunidad cercana a la Convención, que es parte Cusco. A los dos años yo me vine, salí de la comunidad con mi familia para buscar nuevos rumbos y por temas de trabajo. Nosotros decidimos salir de mi comunidad en dirección a río Las Piedras. Mi familia y yo llegamos a Monte Salvado cuando solo habían dos comunidades. Todo fueron caminatas por quebradas, todo en botes pequeños y balsas, pero fueron días, más de tres meses caminando en el bosque para poder llegar a Monte Salvado. Una ruta bien larga, esto mi mamá me contó, ya que yo tenía dos años cuando salí de mi comunidad.

Actualmente, yo tengo veintisiete años. Estudié mi primaria en Monte Salvado y luego vine aquí a Puerto Maldonado para seguir estudiando la secundaria. Desde el 2006, luego de terminar mi secundaria, estudié Educación Superior. Soy técnica en Enfermería, titulada, pero, actualmente, no ejerzo mi carrera. Estoy en el rubro de artesanía y actualmente soy presidenta de la Asociación de Mujeres, pero siempre retorno a la comunidad para visitar a mi familia, porque mis padres viven allí. De vez en cuando voy, porque tengo una hijita de tres años que



estudia en Puerto Maldonado y mi esposo también trabaja aquí. Es por eso más mi permanencia en Puerto Maldonado.

Monte Salvado está ubicado en el río Las Piedras, cerca de la Reserva Territorial Madre de Dios y en contacto de las personas en aislamiento voluntario que son los hermanos PIACI. Nosotros, de Monte Salvado, para poder llegar a Puerto Maldonado, son cuatro días en bote. Son siete las comunidades que están en ese río en la cuenca Las Piedras.

En Monte Salvado, lo que mayormente trabajamos es la agricultura, pesca y artesanía. En artesanía nos dedicamos tanto mujeres y varones; en la pesca toda la familia se involucra. En el modo de pesca que se hace actualmente no se ha perdido lo ancestral que es la flecha. Pero sí, muy poco el barbasco, lo que nosotros, como pueblo, no utilizamos mucho. Como todos saben, se van mejorando todas las cosas de aquí, se compran anzuelos, pero los varones aún siguen conservando el tema de la pesca en flecha todavía. La castaña y su recolección se hace con canastas. Primero nos juntamos, no solamente están involucrados los hombres, también estamos nosotras las mujeres, que nos encargamos del tema del secado. El tema de la selección y todo eso es lo que nosotros actualmente realizamos en la comunidad de Monte Salvado.

En el tema de la artesanía, nosotros seguimos trabajando el algodón natural. La siembra de algodón, la cosecha que se hace y el hilado son procesos largos, porque el algodón se tiene que cosechar, luego despulpar, escoger, limpiar, se hace el proceso de sacar el hilo y la confección que nosotros ya venimos elaborando como esta cartera. Esta cartera es con algodón industrializado, también trabajamos con eso, porque tenemos una asociación formalizada de ocho años y ya tenemos un espacio aquí, en Puerto Maldonado, donde exhibimos los trabajos que realizamos. Trabajamos con ambos materiales, tanto con el tinte natural como el industrial, para que nosotros podamos cumplir con algunos pedidos, porque a veces tenemos que adecuarnos al lugar donde estamos. El tinte natural es un

poquito más costoso y, a veces, muchas personas no valoran eso, porque es sacar la planta del bosque, hacer la preparación y el tiempo que demora. Hemos optado también nosotros en comprar materiales industrializados, ya que tenemos que ver el mercado y la economía de las personas para que puedan hacernos las compras y puedan acceder a los trabajos que nosotros realizamos.

Mi abuela se llama Guillermina Izazio. Ella hace pintados. Nosotros, como pueblo yine, siempre tenemos ceremonias o festividades donde una adolescente de doce o quince años, para salir al público y ser presentada, es pintada todo el cuerpo, la cara, los brazos, el cuerpo desnudo, pero solamente una falda, llena de collares de huayruros, maicenas. Mi abuela es la que inició con el tema de los pintados. Actualmente, nuestras madres nos enseñan que esto no se pierda, y a seguir difundiendo. Los conocimientos de mi abuela los pasó a mi mamá y ya de nuestras madres pasó a nosotros, que lo estamos elaborando siempre en nuestro arte y en distintos materiales. El pintado de todo el cuerpo es parte de nuestra cultura para presentar a la adolescente al público porque, lo que mi abuela nos ha contado, la mujer en su primera menstruación tiene que estar en una casa sola para que ella salga al público. Es una ceremonia, un festival de varios días donde ella recorre todo el pueblo para ser reconocida ante la sociedad.





Historia de mi pueblo



Janeth Luz Cairuna Picota

Mi nombre es Janeth Luz Cairuna Picota, soy artesana shipiba de la comunidad de Tres Islas. Nací un 7 de diciembre en la comunidad de Santa Lucía en 1986. Actualmente, tengo treinta y cinco años. Tuve una infancia muy diferente a la de todas porque, recién nacida, mi madre de sangre me regaló a otra persona, a una prima, y ella me ha criado hasta la edad que tengo. Mi madre, la que me crio, se llama Celmira Picota Macero y mi papá de crianza, Juan Cairuna Ramírez. Ellos me trajeron a la ciudad de Yarinacocha en Pucallpa, en la región Ucayali.

Allí me criaron, me dieron educación y, a la edad de seis años, nos fuimos a la ciudad de Iquitos, al departamento de Loreto, por el tema del terrorismo. Entonces, por miedo, mis papás nos llevaron a la ciudad de Iquitos, porque en aquellos tiempos mi mamá se dedicaba al tema de la artesanía y el único modo de sobrevivencia económica era ese y se escuchaba que en esta ciudad de Iquitos abundaba el tema del turismo, había mucha acogida de artesanía. A la edad de siete años, mi mamá me enseña la artesanía. De la bisutería, que era lo básico, todo lo que son collares, pulseras, aretes con semillas, porque en ese tiempo todavía no se utilizaban las mostacillas u otros tipos de materiales que hoy en día ya se utilizan. Mi mamá era una ambulante más vendiendo su artesanía. De esta manera mi madre, Celmira



Picota Macero, nos dio educación, la comida del día a día, y yo he ido aprendiendo todos los trabajos que ella me enseñó.

En la actualidad tengo treinta y cinco años, pero a la ciudad de Puerto Maldonado llegué cuando tenía veintitrés años. En Tres Islas, me encontré con la pareja que tengo ahora, el papá de mis hijos, a quién lo conocí en Iquitos. Él se fue a Iquitos por el tema del trabajo, entonces lo conocí cuando yo tenía diecinueve años. Hoy en día ya me vine con él a vivir a Puerto Maldonado. Tuve un hijo, el primero se llama Valentín y fui a conocer a Puerto Maldonado y nos hemos quedado acá.

A la edad de veintitrés años me contacto con Dirección Regional del Comercio Exterior y Turismo, que es Dircetur Madre de Dios, en esta región. A través de ellos es que yo empiezo a dictar en mi taller todas las enseñanzas transmitidas por mi madre; a dar conocimiento a otras personas de acá, de la región, porque los shipibos somos mayormente de Ucayali.

El papá de mis hijos es de la comunidad de Tres Islas, por ende yo me considero de esta comunidad, siempre participo con ellos. La familia del papá de mis hijos están en esta comunidad mayormente y los conocí a través de la Dircetur y los talleres que hemos dictado, que son: pintado con corteza natural, con la corteza de la renaquilla, de la caoba, de un barro especial. Nosotros hoy en día tenemos este tipo de trabajo. También, hemos dictado el taller de bordados mano, todos esos tipos de trabajo empecé a dictar en Puerto Maldonado. A través de ellos yo me hago muy conocida, y a mí me gusta mucho transmitir mis conocimientos con el trabajo artesanal. No solamente me dedico a la bisutería, hago pintado y bordado y hoy en día estamos innovando más el trabajo artesanal.

Tengo treinta y cinco años y, a esta corta edad que tengo, he ganado muchos premios como Maestra Regional de la Artesanía, en el 2015. También me he certificado como experta en diseño textil, acreditada por el Sineace y Dircetur. Hemos ganado proyectos, muchos premios, muchos reconocimientos, tanto del gobierno local como del regional, y también hemos participado en ferias locales

y nacionales. Nos ha abierto un buen mercado en el tema de la artesanía. Mi emprendimiento se llama Ayahuasca Hoa.

A este pintado se le dice el kené. Nosotros pintamos a través de nuestros ícaros, nuestros cantos, también tomamos la ayahuasca para ver nuestros diseños a través de las visiones, los cantos, las costumbres que tenemos en nuestro pueblo y lo plasmamos en este tipo de trabajo que es el kené. Son historias, cuentos que nuestros papás nos contaban. Los colores del bordado son de la selva, de los animales, de la mariposa. Todos los diseños cuentan una historia de nuestro pueblo.

Cuando nosotros nacíamos nos aplastaban la parte de la frente con una tabla, era señal de belleza en las mujeres. Cuando el tiempo avanzaba, hubo un tema de discriminación: nos decían “chama”, por la carachama, porque es plana su barriguita. Entonces a los shipibos nos decían chama por esta costumbre que teníamos de ponernos la tablita para que nuestra frente sea planita. Era como un insulto para nosotros. Cuando pasó el tiempo, las señoritas crecíamos y teníamos vergüenza de nuestra frente, por ende nuestras mamás ya nos hacían nuestro cerquillo; si se han dado cuenta, todas las shipibas tienen su cerquillo porque están ocultando la costumbre que teníamos antes, pero, en sí, no debería haber, más bien nos deberíamos sentir orgullosos de quienes somos. No tuve la suerte de que me pusieran la tablita cuando nací porque crecí en la ciudad.

Otra costumbre que siempre se ha recalcado es la ceremonia que siempre hacemos, los pintados corporales con cortezas naturales como el achiote, el huito, se pinta todo el cuerpo para ceremonia. También nosotras, las shipibas, tenemos la costumbre de no utilizar tintes sintéticos para negrearnos el cabello, sino utilizamos el huito. Cuando lo preparan es negrito, entonces nos pintamos el cabello con eso, algo natural, que no malogra el cuero cabelludo.



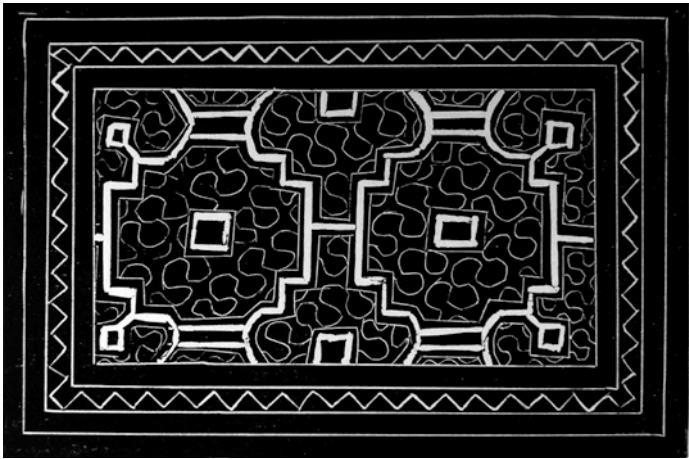
Otra costumbre que nosotros tenemos es cuando una persona fallece. En este caso, mi papá falleció hace diez años y a todas las hijas nos tenían que cortar el cabello, era una costumbre que hoy en día se sigue usando.

Antiguamente, también nuestra costumbre era entregarnos a nuestra pareja que tenía un poquito más de economía para que nos pueda mantener, dar una buena vida, alimentación y educación a nuestros hijos. Siempre había una pequeña ceremonia, tomando bastante masato, comiendo bastante pescado, una ceremonia muy pequeña. Creo que ese tipo de relaciones son mejores que las de ahora, porque las antiguas han durado y duran más tiempo. Mis papás tuvieron cuarenta años de matrimonio, hoy en día ya están descansando en paz, ambos. Mi papá falleció hace diez años y mi mamá tiene de fallecida un año y tres meses. Duraban los matrimonios, porque, antiguamente, en las comunidades había mucho respeto, la confianza, el cuidar mayormente a los hijos, porque no había aún el tema de la educación. Entonces, nos manteníamos en la comunidad apenas terminábamos el colegio y allí podríamos ser profesores, en aquellos tiempos, con tercero, cuarto, quinto de primaria, lo que hoy en día ya no se ve. Por eso es que mayormente los shipibos eran profesores, porque antes había esa oportunidad, lo que hoy en día no hay, uno tiene que estudiar la primaria, secundaria y entrar a un instituto o a una universidad.

Estoy diseñando ahora el tema de la ayahwasca. Nosotros en el pueblo shipibo tomamos la ayahwasca para ver las visiones de nuestros diseños, los kené. Antiguamente, se preparaba la ayahwasca y nos echaban a nosotras, las mujeres, como gotas en los ojos, las cuales siempre nos hacían dormir. Nos mandaba a un profundo sueño para ver nuestros diseños, nuestras visiones. Nosotros tenemos a la anaconda como protección, todo esto se ve durante el sueño cuando te dan la ayahwasca.

Este diseño es la flor de ayahwasca. En sí, la flor de ayahwasca tiene ocho pétalos. Cuando la ayahwasca tiene el tronco más grande, se verá mejor la for-

ma de las flores, por eso se le dice flor de ayahwasca, dentro de ellas tenemos las hojas. Antiguamente, se utilizaba la ayahwasca para ver nuestros diseños, nuestras visiones y también se utilizaba más para el tema de curar algunas enfermedades que se veían en las comunidades. Hoy en día se sigue tomando todavía la ayahwasca para curar algunas enfermedades, como el cáncer, la diabetes, para limpiar el cuerpo, el alma, el corazón, para que puedan seguir teniendo una vida plena.



Kushi shinanya aimbo



Elsa Pacaya Vega

Yo soy de una comunidad debajo de Urubamba, indígena matsigenka. Me llamo Elsa Pacaya Vega. He llegado aquí hace catorce años con toda mi familia, mi papá y mi mamá, mis hijos y mis hermanos. Aquí mi hermano trabajaba en turismo debajo de Madre de Dios hace catorce años, pero mi hermana falleció hace casi un año, por eso he venido a la ciudad Puerto Maldonado. Acá estoy trabajando para que mis hijos estudien, que sigan adelante.

Las costumbres de nuestros antepasados son que los hombres se dediquen a cazar, pescar y también a hacer chacra para sembrar yuca, plátano como sachapapa, caletale, con todo lo que hay de natural. Las mujeres se dedican a tejer para hacer cushma y para hacer masato, cocinar pescado, hacer asado, hacer artesanía natural.

Se pela la yuca, se corta, se cocina para después hacer masato con camote y maíz crecido, con piedra molerlo y mezclarlo con la masa de yuca hasta que sea suave. Dentro de tres días recién se va a cernir, vamos a tomar con esto.

El algodón se siembra y después, cuando cosechamos, se seca en el secador, sacando su semilla, aplastándole. Después tejemos, hilamos. Se pinta de negro, de barro, con un vegetal. Un día ya está negro, después se seca otra vez



y se arregla. Se comienza a tejer y tejer por tres semanas, y después a coser para hombres, mujeres y niños también.

Nosotros, para ponernos este collar, es por la gente más importante, como tú has venido ahora, seas bienvenido, estamos alegres. También nos pusimos esta corona, achiote en la cara, diente de tigre. Significan todo eso, "bienvenido".

Cuando se prepara la masa de achiote se tiene que cosechar en un costal y después se lava como arroz, bien lavadito y se cierne. Cocinando, se hará masa y, después, mezclamos un vegetal del monte con manteca de sode y se hará más suave, como vaselina. Así se hace.

Para el matrimonio, primero el hombre le pide a su papá y a su mamá. Le aconsejan que haga chacra para cuando vayan a tener frío o comer yuca, tienen que pescar pescado para que coman sus hijos y la mujer tiene que hilar para hacer cushma. No hay fiesta en el matrimonio, pero cuando se sale el ombligo del bebé sí hacemos fiesta chiquita, tomando masato y cantando.

Cuando está para dar a luz le damos vegetales como piri piri, lo machacamos y echamos en agua tibia y rápido nace el bebé y no siente el dolor.

Tengo mi sobrina que tiene once años, cuando estaba a punto de dar a luz, su mamá le daba, machacando piri piri y un poco de agua tibia, y rápido nació su bebé y no sintió dolor. Después que nació el bebé, le llevó a la posta para que lo registren y lo pesen. Ya está grande, tendrá cinco o seis años. Es una mujercita, parece hermana de su mamá.

Estoy tallando en la madera a una mujer haciendo cushma para su esposo.

Cuando mi mamá era pequeña, su papá era curandero. Tomaba ayahuasca y la invitaba a ella. Veía personas que se ponían cushma como yo, venían del monte, tomaban masato, no eran boa, eran gente como nosotros con su cushma, con su achiote, y tomaba masato con ellos. Mi abuelo era curandero, falleció hace años. Mi mamá ya es viejita, tendrá ochenta años. Ya no sabe

nada, yo le dejo de comer no más y a mi papá también. Mi mamá cantaba y yo también canto.

Hemos venido a Puerto Maldonado para que nos enseñe el profesor, no soy de acá, soy de Urubamba. En cualquier momento me voy a la tumba. Esta canción que canté es para que me recuerde.



Naro nanti matsigenka





Mi Llegada a Lima



Eariki Jessica Silvano

Soy de la comunidad de Paoyhan. Viví, crecí y estudié allí junto con mis padres.

Desde muy niña, mis padres fueron agricultores y me enseñaron de las responsabilidades y valores. También aprendí a cómo hacer cerámica, bordados de kené con mi madre y mi abuelita. Todos los trabajos que hacíamos juntas se vendían en Iquitos o Pucallpa.

A los quince años vine a Lima a estudiar. Terminé la secundaria y luego estudié superior, pero por falta de apoyo de mis padres no culminé mis estudios. Mi padre falleció y ya no había quién me pudiera ayudar. Viendo a mi madre sufrir mucho por mis hermanos menores, dejé de estudiar y me dediqué a trabajar para ayudarla.

Mi hermana Olinda me trajo a la ciudad. Conocí por primera vez Lima. Era distinto. Sufrimos tanto en la comida, no nos habíamos acostumbrado a comer algo diferente, prácticamente en la selva comemos pescadito y todo eso, pero, poco a poco, me fui adaptando acá y así...

Cuando yo era joven, mi primo Gustavo se fue a buscar a mi hermana por donde vivíamos. En ese tiempo vivíamos por Comas. Conversó con mi hermana, me acuerdo que dijo: "Acá hay un terreno en Cantagallo. Necesitamos personas que puedan ocupar ese espacio que nos han dado", y yo vine. Juntamente con ellos vine. Era muy joven también. Vi un espacio que de los cuales nos habían dado,





había reunión en Tarata y mis paisanos habían llegado ahí. Cuando me fui, era una alegría verlos. Hacían de todo vendiendo artesanía. Aquí hemos hecho reunión, algunos creyeron y algunos no, de los cuales hemos venido como siete personas a ocupar el lugar que ahora estamos. Nos dieron como una "L", la primera casa era de Olinda y luego poco a poco vinieron otros e hicieron sus casitas.

Mis padres también llegaron. Antes mi papá trabajaba en agricultura y tenía su ganadería, chacra de plátano, pero ¿qué es lo que había pasado? Los madereros se aprovechaban y mataban a sus animales. Por esa decepción mi padre vino a la capital. Sabiendo que mi mamá era artesana y Olinda también, dijo: "¿Por qué no vienen acá?". Y así vinieron mis padres. Mi papá fue uno de los dirigentes de esta comunidad. Ellos fueron los pioneros. Así hemos creado esta comunidad. En Cantagallo formé mi familia. Tengo dos hijos que estudian.

Lamentablemente, mi papá falleció por causa de cosas que hemos pasado en la comunidad. Cuando nosotros ingresamos, acá había mucha discriminación de los vecinos que nos miraban como algo raro que ha venido a ocupar. "En vez de estar en la selva vienen...", hubo de todo eso. Gracias a Dios lo hemos superado. Ahora, los vecinos son diferentes y valoran lo que somos, más que toda nuestra cultura. Ellos también se sienten protegidos junto con nosotros porque el Estado, que quizás no cumplirá lo que nos ha ofrecido, pero al menos hay un respeto por nuestra cultura. Es una cultura viva y es lo que estamos transmitiendo en la comunidad.

Ahora soy artesana, muralista, artista y también soy presidenta de la Asociación de Madres Artesanas Shinan Imabo. Tenemos nuestra casita cultural donde trabajo con treinta y cinco madres de Cantagallo y donde también ofrecemos nuestros trabajos hechos a mano. También somos muralistas. Estamos embelleciendo la ciudad de Lima. Hemos visibilizado nuestra cultura, nuestro kené en Lima. Ahora, internacionalmente, nuestras hermanas están viajando. De tanta discriminación que hemos sufrido, estamos logrando algo en la capital, que valoren nuestra cul-

tura, pero hay muchas culturas que no son conocidas. Así como nosotros somos resilientes, así hay otras culturas que pueden ser conocidas.

También somos patrimonio cultural con nuestro diseño kené, eso nos fortalece más como mujeres y estamos trabajando conjuntamente con las madres, apoyándonos. Estamos capacitando, recibiendo talleres, nos están empoderando poco a poco. Nadie nace sabiendo todo. Hay mamitas que todavía son sumisas y poco a poco ellas también van aprendiendo, así como nosotras. Yo tampoco soy, pero ahí voy aprendiendo de las personas que comparten su conocimiento, de las personas que nos enseñan a cómo ser mujer empoderada y todo eso. Es eso lo que nosotras hacemos, más nuestra lengua y nos sentimos felices.

Esta comunidad es una que mantiene su cultura, una comunidad que podemos decir “una embajada de cultura”, porque los que vienen de la comunidad [del interior] llegan acá. Así trabajan en diferentes rubros, tanto en artesanía, talleres, confección, textil, empresas, en fin. Así estamos viviendo.





Llegada a Lima



Diana Ancón Rodríguez

Nokon Jane: Barin Wesna, Diana Ancón Rodríguez. Nací el 10 de julio de 1983. Mis padres se llaman Laoreano Ancón Esteban y Ángela Rodríguez Vasquez. Mis hermanos son: Andrés, Bertha, Levi, Elsa, Rubén, Loida e Isaac.

Soy de la comunidad de Caimito Jemamea, Lago Imaría, distrito Maisea. Mi religión es evangélica.

En 1988, cuando tenía ocho años, falleció mi mamá de cáncer al útero. Después que falleció mi mamá, mi papá tuvo que viajar por quince años y crecí sola con mis hermanos. Cuando papá viajó, nos sentimos huérfanos de padre y madre porque nunca estuvo con nosotros..., sufrimos bastante. En la adolescencia, estaba papá a nuestro lado, pero nunca fue lo mismo. En los cumpleaños..., cada quien había hecho su vida. Triste fue nuestra infancia. A pesar de los golpes de la vida, terminamos nuestra primaria los cuatro hermanos menores que quedábamos en la comunidad.

Estoy veinticuatro años en Lima, pero en Cantagallo, veinte años. Cuando llegué, vi una oportunidad para seguir adelante, a pesar de todo, de todos los golpes en la vida que había recibido. Por ese motivo desde chiquita empecé a trabajar y hasta ahora sigo trabajando.

Nosotros siempre hemos sido bien unidos y pudimos salir adelante y así poder terminar nuestro estudio, primaria y secundaria.





Entre 1996 y 2000 terminé mi colegio secundario y tuve que salir a la ciudad para continuar estudiando. Llegando a Pucallpa, escuché por medio de un programa, “Buenas nuevas de salvación”, que había una beca para estudiar teología en Lima, por el distrito de Magdalena del Mar, en el Instituto Misiológico Latinoamericano.

En 2001 y 2003 estuve en un internado y a la vez trabajaba para cubrir mis gastos. En 2004 me invitaron a Cantagallo para visitar a los hermanos de la iglesia. Ahí conocí a mis primas y me vine a vivir a Cantagallo. Me dieron un espacio donde vivir y aquí vivo hasta ahora. Aquí formé mi hogar, pero no fue fácil. Estuve siete años conviviendo con mi pareja y me dejó con mis hijos. Tenía que hacer el doble rol acá en Lima. Para mí fue muy difícil, porque no era como en la comunidad. Tanto en la educación, vestimenta y alimentación, porque yo trabajaba en la artesanía aquí en Lima. No había venta o era bajo y a veces teníamos que pelear con la municipalidad en los distritos. Nos quitaban los productos. Nos humillaban. Tantas de esas cosas nos afectaron bastante.

Migrar de la comunidad también es bien difícil. Nos afectó en la comida. Llegando a Lima, ¿sabes qué me hicieron comer?, gato. Yo no sabía. Me invitaron un grupo de amigos y amigas del instituto. Después de comer, me dijeron: “¿Qué tal el almuerzo? Es gato lo que hemos comido”. Me chocó bastante. Yo extrañaba mi comida, mi patarashca, mi mazamorra, mi asado, todo. Imagínate sin comer aquí.

Poco a poco, aprendí a acostumbrarme a la ciudad. También fue difícil aprender a hablar el español. Ahora eso puedo compartir con mis hijos, lo difícil que fue para mí. Fue un choque total. Al verano sí nos acostumbramos bastante porque en nuestra ciudad hace calor. Acá en la ciudad era invierno, de estar con tantos abrigos no era nuestra costumbre, pero teníamos que adaptarnos por el estudio, porque queríamos salir adelante. Luché con mis hijos. A veces me sentía sin ganas de seguir adelante. Viendo a mis hijos, después de recibir talleres también, mi autoestima supe valorar. Y seguí adelante. Me levanté y dije, esta mujer tiene que

ser una mujer luchadora. Voy a hacerlo por mis hijos y por mí misma. Me levanté, agarré mis cosas y a trabajar. Trabajé duro con mis niños, vendiendo mi artesanía, pintando, bordando, bisutería. Haciendo de todo. Todo lo que es artesanía.

En 2006 postulé a un instituto en Chosica, el Instituto Superior Tecnológico Ramiro Priale, a la carrera de Enfermería Técnica, una carrera corta. Cuando iba estudiando dos años y medio, me accidenté y tuve que dejar el estudio. Me fui a mi pueblo, Caimito. Pero tenía ganas de terminar esa carrera que siempre me gustó. Desde pequeña era mi sueño ser enfermera. Después de catorce años, decidí retomar la carrera, pero en el Instituto Superior Tecnológico Privado Arzobispo Loayza. Junté mi platita. Un día hablé con mi hijo mayor y le dije: "Voy a estudiar, voy a retomar mis estudios después de catorce años". Mi hijito me animó. "Sí, mamá, tú puedes, eres joven". Retomé mi estudio y terminé mi carrera corta de tres años. Ahora me encuentro tramitando mi título.

Tengo tres hijos hombres. Soy mamá soltera, trabajadora independiente y artesana. En mis tiempos libres apoyo en la comunidad como voluntaria de salud y promotora. Atendí tres partos en casa y fue una bonita experiencia para mí. También apoyé en tiempos de la pandemia, COVID-19, cuando hubo afectados aquí, 99 % de afectados. Fue declarada zona roja y ya no quería entrar nadie. Nos habían cercado toda esta zona. Nadie ingresaba, ni los médicos, porque tenían miedo. Hubo tres campañas y solo dos muertos, ¿por qué?, porque nosotros, hasta ahora, nos cuidamos con plantas medicinales. Con eso nosotros hemos salido adelante. Hemos atendido a los pacientes. Ahí me infecté también con covid, fue duro. Fue asintomático. De todas maneras apoyé, solo confiando en Dios, sé que Él sabe, pero perdimos a dos hermanos shipibos.

Estoy apoyando como voluntaria, cualquier cosa ya me buscan: ahí estoy apoyando a mi comunidad, a mi pueblo, porque esa carrera decidí desde niña, cuando murió mi mamá de cáncer al útero. Yo siempre quise ayudar a las personas. Estoy aquí apoyando a la comunidad hasta donde me permitan, quiero ser





ejemplo de una mujer indígena. Enseñar a otras hermanas. Porque hay otros que dicen: “No, yo soy una persona adulta”, pero para el estudio no hay edad. “Todos los días hay que aprender cosas nuevas”, yo les hablo así. Yo les comparto mis experiencias de lo que hasta ahora soy: mujer luchadora y madre soltera. Mis hijos son mi motivo para que yo pueda seguir superándome. Quiero ser mejor madre y mejor amiga para ellos.

Hasta ahora sigo trabajando en la artesanía. Mi hijo mayor ya es profesional. Con mi artesanía lo eduqué sola, los demás están en colegio todavía. Uno tiene dieciocho y el otro, diecisiete años. Esa es mi experiencia de vida.

Acá dibujé pensando en mi infancia. Esta casita de madera era en medio de plantas y flores porque no teníamos ni cama, ni colchones, solo dormíamos en el piso. Solo con dos ventanas, nuestra escalera y los árboles de los frutos que nosotros consumíamos. Pensando en mi infancia he dibujado esto.

Son plantitas de malva, toé, la fruta de caimito, porque en mi pueblo hay bastante caimito. Hay bastantes loros allá. Acá también está el mango. Bastante bonito el paisaje. Mi comunidad nativa de Caimito, de Pucallpa está a ocho horas en rápido por el río Ucayali. Por carretera está a dos horas y media.

Rol del hombre y la mujer en la comunidad

En mi comunidad Cantagallo, la mujer tiene el mismo rol que los hombres, líderes y lideresas. Por ejemplo, en la Asociación, el presidente es el Sr. Gabriel Indalicio y yo soy vicepresidenta. Eso es equidad de género.

Los hombres de mi comunidad trabajan en diferentes rubros. Trabajan en entidades del Estado, talleres de costura y en las empresas como operarios, artesanos o pintores.

Las mujeres de mi comunidad son docentes, enfermeras, parteras, artesanas, pintoras, operarias, trabajan en talleres de costura. En Cantagallo, tenemos la posibilidad de una mejor oportunidad de estudio. También apoyan en el hogar, en el cuidado de los hijos y enseñan a no olvidar nuestra cultura y valorar nuestra identidad.

También formé mi hogar. Nacieron mis hijos y me separé después de siete años de convivencia. Fue muy duro para mí criar sola a mis hijos, haciendo un doble rol. A veces me he sentido derrotada, pero supe valorarme y amarme a mí misma, ¡levantarme!

Tuve la oportunidad de estudiar y trabajar y me siento una mujer fuerte y valiente porque, a pesar de las dificultades que he enfrentado, sigo de pie para mis hijos. Por ello, quiero ser mejor mujer cada día.

El año 2016, cuando nos trasladó la empresa OAS, fue muy difícil. Luego, en 2019 hubo incendio que nos afectó todo. Me quedé solo con ropa puesta y con mis hijos. Después de tanto sacrificio para comprar las cosas, de la noche a la mañana, me quedé sin nada. Sin apoyo de nadie. Todo se quemó: mis cuatro máquinas de coser, materiales de trabajo y artesanía.

Cuando se dividió la Asociación, porque actualmente tenemos cuatro y hay cuatro presidentes (dos hombres y dos mujeres), encontramos muchas dificultades. Cada dirigente hace lo que quiere y no se ponen de acuerdo. Debemos sumar fuerza porque la lucha es por el título de propiedad y una vivienda digna que incluya los servicios básicos. Hasta el momento, como logros tenemos el tópico, la I. E. Comunidad Shipiba, donde el docente es también shipibo.



Cantagallo



Marilú Quispe

Nací dentro de una selva de cemento. Mis abuelos paternos y maternos migraron hacia Lima en busca de mejores oportunidades, pero al mismo tiempo sería la de mayores obstáculos por conseguir sueños que con esfuerzo se lograrían. Viví en San Juan de Miraflores hasta mi primer año de edad. Por el trabajo de mi padre Samuel tuvimos que viajar a Tumbes junto a mi madre y hermano, Karina y Juan Carlos. Crecí en un ambiente lleno de amor y alegrías, recuerdo que Tumbes tenía un clima muy caluroso, en las noches era infaltable la presencia de los mosquitos o zancudos, el recuerdo más bonito que tengo fue cuando salí

una noche y sentí la lluvia sobre mi rostro, en ese instante me sentía muy feliz y libre, capaz de lograr muchas cosas a mi corta edad, además de las campanitas infaltables de todos los fines de semana, que significaba que venían muchas cabritas junto a sus crías.

Cuando nos trasladamos a Lima, yo cursaba 2^{do} año de primaria y vivíamos en Santa Anita. Tenía siete años de edad cuando mi mamá me dijo: "Vamos a visitar a la abuela Lastenia". Fue la primera vez que visité Cantagallo, el cual sería el lugar que me vería crecer, mi hogar hasta la actualidad. Las casas pequeñas, sus cocinas fuera de casa, el olor a humo. Vi a mi abuela que colocaba maderas para encender un llama y una rejilla, luego colocaba el pollo y me decía: "¿Quieres comer pollo asado?". A lo que yo respondí con un gesto de afirmación.



Mi mamá la ayudaba preparando la comida. Fue la primera vez que probé pollo asado, hasta ahora recuerdo el sabor a carbón, muy rico. No sabía que se podía cocinar de esa manera.

Cada semana para ser exactos, los domingos visitábamos constantemente a mi abuela. No pasó mucho tiempo cuando mi mamá decidió que viviríamos en Cantagallo. Mi mamá, mi hermano y yo en un cuartito de tres por tres metros cuadrados donde teníamos una cama y una mesa.

Mis últimos 2 años de primaria los cursé en el Colegio José Ernesto Echenique, el más cercano a la comunidad y a la que la mayoría de niños acudíamos, siempre íbamos en grupo al colegio.

Parte de mi secundaria fue en la I. E. Mercedes Cabello, un colegio para mujeres. Conocí muchas chicas, una escandalosa, la otra muy extrovertida, una más conservadora, de todo, aprendí mucho de ellas y de lo fuerte que podemos ser si nos juntamos entre todas, que somos capaces y sobre todo muy valiosas.

Cantagallo

La comunidad de Cantagallo se caracteriza por la fortaleza de sus comuneros, en salir adelante y la ayuda mutua. Tanto las mujeres como los varones tienen un rubro muy marcados en cuanto al trabajo que ellos realizan. Por un lado, las mujeres se caracterizan por el trabajo en la artesanía como bisutería, telares, murales, tejidos, pinturas y sus emprendimientos. Es muy amplio, cada mamá es especialista en los temas mencionado, además de la labor que realizan en los hogares como cabezas de familia, enseñando a los hijos, formándolos para la vida en Lima, muy diferente a los centros poblados o comunidades de dónde provienen.

Por otro lado, el varón principalmente se dedica al rubro de la costura de mochilas, carteras, maletas, algunos de ellos trabajan en empresas e inclusive emprenden en busca de mayores ingresos.

En la comunidad existen diversas organizaciones sin fines de lucro que ayudan y brindan talleres, capacitaciones, etc., brindando certificados para potenciar tanto el conocimiento como la hoja de vida para los jóvenes de la comunidad. Ciertamente, la comunidad tiene una cultura viva que debemos hacerla visible mediante nuestros dibujos, pinturas, bordados y canto que representan parte de nuestra cultura, cosmovisión y nuestro vivir día a día. Muchas veces nosotros mismos no nos damos cuenta que nuestra cultura es muy valiosa y poderosa. No debemos perder ciertos conocimientos, costumbres y/o festividades, por el contrario abrazarlo y representarlo con orgullo, ya que sostenemos una herencia cultural que trasciende de generación en generación.

Por último, considero que Cantagallo tiene mucho potencial con un buen capital humano. Además, si lo gestionamos de manera adecuada, podremos tener una mejor calidad de vida y mayores oportunidades.

Con el apoyo de todos podemos hacer a Cantagallo una comunidad fuerte y con identidad.





La comunidad



Drusila Canayo López

Hola, soy Drusila Canayo López y vengo de la etnia shipibo. Nací el 1 de octubre de 1991 en la comunidad Preferida del distrito de Masisea, provincia de Coronel Portillo. En dicha comunidad nos criaron nuestros padres Ricardo Canayo Cauper y Maruja López García. A pesar de ser de bajos recursos, éramos felices hasta que nuestros papás decidieron trasladarnos a la comunidad vecina de San Rafael, ya que en Preferida solo había inicial y primaria.



Ya en San Rafael, junto a mis hermanos, terminamos la secundaria. En mi último año como estudiante de quinto de secundaria, en el mes de mayo fallece mi amada mamá y pasamos por terrible momento lleno de dolor y tristeza. No sabíamos qué hacer hasta que mi papá decidió traernos a la capital en busca de despejar nuestra mente por todo lo que nos había sucedido en aquel entonces.

Fue en esa fecha que llegamos a Lima, a la casa de mi tío Dionel. Para mí era incómodo todo, dormir, comer y lidiar con el clima. No aguantaba el frío. Aún más porque la casa de mi tío era de plástico y cuando llovía chorreaba toda el agua y no nos dejaba dormir bien. Después de un mes, alquilamos un cuarto y empecé a trabajar en una tienda por Centro de Lima para ayudar

a pagar el alquiler a mi padre. Trabajamos todos mis hermanos para así solventar el gasto del alquiler del cuarto, como también de la alimentación y otras cosas más.

Y así, poco a poco, me fui acostumbrando, acá en la capital. Luego formé mi familia y actualmente mis hijos están estudiando en la misma comunidad de Cantagallo. Acá tengo mi terreno, pero nunca pienso olvidar mis raíces, así también enseñarles a mis hijos, porque me siento orgullosa de ser shipiba.

Bueno, esa sería mi historia.

El rol de mis padres en la comunidad

En la comunidad ya mencionada, muchos de los roles que mi papá cumplía eran hacer chacra, luego sembrar yuca, pepino, plátano, caña, mamey, coco, entre otros, con la ayuda de mi mamá y todos nosotros sus hijos.

También se dedicaba a la pesca y caza de animales para nuestra alimentación o posible venta de ello para solventar algunos gastos, como la compra de azúcar, arroz y también cuadernos, lapiceros, etc. para nuestros estudios.

Otro rol en ese entonces era que mi papá se ocupó como promotor de salud para así velar por la salud de los pobladores de su comunidad nativa Preferida. A él le gustaba mucho ese rol. Ayudaba a todos los comuneros enfermos de algún tipo de mal, a cualquier hora salía de la casa para ver a sus pacientes, no le importaba si eran sus familiares o no, él se iba nomás con mucho gusto y sin pedir nada a cambio.

Nosotros notábamos la particularidad de la cultura viva shipibo en aquel entonces; por ejemplo, hacer trabajo en conjunto o compartir comida donde todos eran llamados para los preparativos. Toda esa costumbre creo que ahora se va apagando, ya que muchos salen del pueblo a la ciudad por algún

trabajo u otro motivo. En la ciudad la costumbre o el trato es muy diferente a la nuestra.

Mi mamá hacía todas las cosas de la casa y también nos llevaba a la chacra para poder ayudar a nuestro padre en el sembrío y cosecha de frutas y verduras. Nos ha enseñado mucho. De la artesanía, cómo bordar tela a mano y a preparar collares; también de los quehaceres de la casa. Nos apoyaba mucho en las tareas del colegio. Ella era estricta por nuestro bien, diría yo.

Rol de la mujer antiguamente

Las mamás cumplían un rol muy importante. Como toda mamá, en la casa tenían el rol de velar por el aseo personal de sus hijos, en la preparación de los alimentos o también en la tarea de sus hijos. Ayudarlos y estar pendiente de ellos mientras su esposo iba a la chacra.

También se hacía presente en la chacra para apoyar a sus esposos en lo que es la siembra y posteriormente cosechar la fruta o la verdura.

No dejamos de lado porque también ellas trabajaban en lo que es la artesanía, con los bordados a mano de las vestimentas típicas para su uso personal o para posteriormente venderlas o llevarlas a la capital y con eso cubrir algunos gastos en el hogar y así subsistir.

Pero la mujer más se dedicaba en la casa por sus hijos. Yo me acuerdo lo que mis abuelos y mis padres hacían en la comunidad. Mi papá y mi abuela, cuando se iban a pescar en la noche y venían en la madrugada, las mujeres ya tenían que estar esperándolos con su masato. Cuando traían bastante pescado, la mujer tenía que compartir con la familia.

Las mujeres también cocinaban en ollas grandes para toda la familia. Las mujeres usaban más nuestra vestimenta. También nos echaban piri piri en nuestro ojo para aprender más el diseño kené. Hacían collares de semillas y otras cosas.

Rol del varón shipibo en la actualidad

En la actualidad, casi todo es diferente. La mayoría sale de su pueblo en busca de trabajo. Van a diferentes ciudades como Ica, Tacna y hasta a la capital misma. Así para ocupar algún tipo de trabajo, como la cosecha de naranja, uva o tomate. También hay quienes practicamos nuestro arte en lo que es la pintura de cuadros, bordado a mano, collares, entre otros. Así vivimos los shipibos de ahora.

Rol de la mujer shipiba en la actualidad

La shipiba de hoy es igual como el varón. Sale de su pueblo en busca de mejora económica. Llegan a diferentes ciudades y posteriormente ocupar algún tipo de trabajo. También hay emprendedoras que, gracias a la artesanía, vienen agarrando terreno en el ámbito empresarial.

Gracias a la artesanía llegan a diferentes ciudades o países llevando el arte shipibo. Esto consiste en el bordado de sus atuendos, cuadros, collares, entre otros. Podríamos decir que ha cambiado un poco.

Actualmente, donde nosotros vivimos no es igual que antes. Han cambiado muchas cosas, no todos nuestros hijos llevan la misma costumbre que nuestros padres nos enseñaron desde que éramos niños. Han cambiado muchas cosas. Ahora las mujeres, por más que digan que no han cambiado, yo veo

que todo es diferente. Por ejemplo, antes, mientras cocinaban, se llamaban unos a otros, o sea, se compartía. Se apoyaban unos a otros, más se ponían las vestimentas.

Los padres despertaban a sus hijos temprano por la mañana, les daban consejo en todo, después les hacían bañar o les echaban plantas medicinales en sus narices para que no sean vagos. Cuando nosotros teníamos tres o cinco años, ya sabíamos hablar nuestro idioma shipibo, pero ahora, en cambio, ya no sucede eso con los hijos. Los que tienen tres años hablan castellano y no practican nuestra costumbre, pero yo no dejo de practicar lo que mis padres me enseñaron a hablar en mi idioma y elaborar la artesanía para así enseñarles a mis hijos.



Nokon jema



Kemerly Pacaya López

Nací un 9 de agosto en Lima. A los 5 años de edad fui a la ciudad de Pucallpa con mi mamá. Allí inició toda mi aventura en la selva. Vivimos en Santa Isabel de Bahuanisho, una comunidad pequeña a cuatro horas del centro de Pucallpa.

En la comunidad empezamos a criar patos, gallinas y a sembrar yuca en la chacra. Cuando fui a la escuela, el profesor dictaba clases en shipibo. Fue una etapa de mi vida con mucha tranquilidad y curiosidad. Las frutas de allí me gustaban mucho, por ejemplo, la pomarrosa, sidra, el pandisho, caimito.

Al frente de mi casa había un río. Allí se lavaba la ropa, nos bañábamos y jugaba con mis hermanos. Las mañanas eran muy hermosas, me levantaba escuchando a los pájaros cantar y disfrutando del olor de la vegetación y también el de la candela que mi mamá atizaba para hacer el desayuno. En las noches daba un poco de miedo porque no había alumbrado público. Todo era muy oscuro. Una noche, mi mamá me dijo que iba a salir a espantar a los tigrillos porque las gallinas gritaban. Fue un momento donde sentí mucho miedo.

Cuando mi papá vino a la comunidad le dijo a mi mamá que nos mudaríamos al centro de Pucallpa. Fue una de las experiencias muy buenas de mi vida, ya que tuve nuevos amigos y me cambiaron de escuela. Mis amigos se reunían todas las tardes para jugar matagente y contar historias de terror.





Un verano quería aprender a manejar bicicleta porque mi hermano mayor sabía y él salía con todos los que habían aprendido a manejar. Como yo quería salir con ellos, me propuse aprender y me terminé lastimando la rodilla. Fue un verano inolvidable.

En 2004, ocurrió una desgracia en mi familia. Mis padres fallecieron en un accidente de tránsito, cerca de Pucallpa. Fue un suceso trágico que cambió mi vida. En ese momento llegué a vivir con mis abuelos. Nos mudamos de casa y tuve otra pérdida importante. Perdí a mi mono Alfredo, ahí hubo quiebre en mis emociones. Estuve muy deprimida, solo quería dormir. Mi abuela estaba muy preocupada, me llevó con un amigo curandero: el Yusi. Le dijo a mi abuela que el espíritu de mi mamá estaba conmigo y no se quería ir porque estaba preocupada por cómo nos quedaríamos sus hijos. El Yusi empezó a leer la biblia, luego rezó para que el alma de mi mamá descansara en paz y me deje de seguir. Al final fumó mapacho. Allí terminó la sesión.

Un verano de vacaciones cuando estaba en la secundaria, mi abuela me trajo a Lima para vender artesanías. Ella tenía su puesto en Cantagallo. Fue la primera vez que vine a la comunidad. Aquí, en la comunidad había oportunidad de vender a un mayor precio la artesanía, por eso me quedé todo el verano. Cuando empezaron las clases, mi tía me matriculó aquí en Lima. Aquí estudiaba y trabajaba. Así me mantuve toda la etapa escolar.

Al llegar aquí, vi que tenía la posibilidad de contar con una mejor situación económica y de estudios.

Rol del hombre y la mujer en la comunidad de Cantagallo

Las madres de mi comunidad se dedican a la artesanía, bordan, pintan y tejen. También se dedican al cuidado del hogar y de los niños. Con el tiempo se han vuelto más independientes económicamente, ya que su arte les ha dado un medio de trabajo para salir adelante.

Los hombres de mi comunidad se dedican al trabajo de costura, otros trabajan en empresas como obreros. Ellos salen de la comunidad por trabajo mientras que las mamás trabajan dentro de la comunidad.

Diferencias que encuentro con mi comunidad

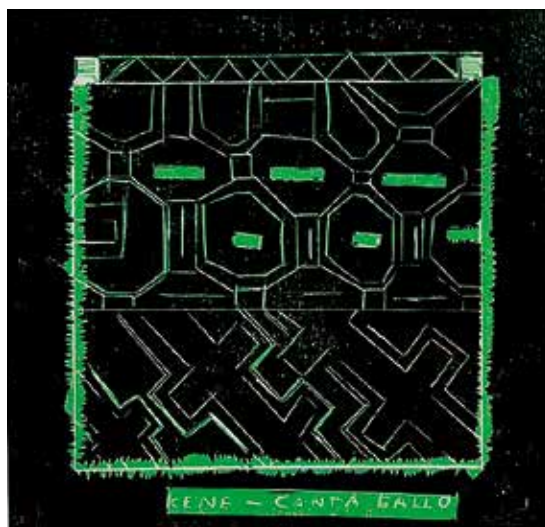
En mi comunidad yo solo trabajaba en la artesanía, mientras que aquí me dedico a trabajar en los talleres de costura. Otro cambio que hubo es que los días en mi comunidad son más tranquilos. Aquí los días son muy ajetreados.

Vine a Cantagallo de grande. Me pareció una comunidad bastante peculiar, asemejaba un poco a la comunidad Santa Isabel, pero era otro lugar, muy distinto, porque para llegar hasta la comunidad tú veías carros, casas, veías todo distinto. Cuando llegabas a la comunidad, las casas eran pequeñas, los stands, las mamás hacían su asado afuera de su casa, se reunían y cantaban sus ícaros, venían a comprar, todos se reunían. Era una comunidad, pero en la ciudad. Fue lo que me impactó mucho. Yo veía muchos cambios y muchas semejanzas. En Santa Isabel todo era tranquilo, en cambio acá era una comunidad donde las madres salían, dejaban lista su comida y salían a vender su artesanía y llegaban en la noche y traían fruta o pollo, muchas cositas que vendiendo sus productos traían para su hogar.

La comunidad era un lugar más tranquilo, te dedicabas hacer tu artesanía para vender otro día, en cambio acá era todo muy rápido. Lo hacían en la noche y en la mañana lo vendían y así sucesivamente. También un rol importante de los varones dentro de la comunidad que yo veía era que en la comunidad de Santa Isabel se dedicaban más a la chacra, al cultivo y a moverse en los botes. Acá es distinto, algunos apoyan a sus esposas. Por ejemplo, tenemos al abuelo César Tananta que hacía bastantes lanzas. Ayudaba a su esposa y ella las vendía. Otros se dedicaban, por ejemplo, como tenemos acá cerca industrias, empresas, a ser como personales obreros en varias industrias. Esa es la diferencia.



Lo que rescato de mi comunidad es que a pesar de que ha pasado por muchos procesos de migrar dentro de una ciudad y la lucha constante con el Estado, queremos ser reconocidos y queremos ese valor de una comunidad. Posteriormente, vino un incendio que marcó un antes y un después. Desde mi punto de vista, la gente no estaba valorando mucho la cultura. Estábamos más dispersos. La globalización nos estaba consumiendo. Nosotros, las mamás, las abuelas somos las que sí seguíamos. Después del incendio, se llegó a recuperar el espacio nuevamente, pero ya con otra mirada. Se veía carteles que decían "Cantagallo resiste" y alrededor aparecían figuras de diseño kené. La gente empezó a decir que cómo es posible que el Estado no le haya cumplido a los shipibos... Ahora la comunidad está desarrollándose más, con otro enfoque, más cultural. Bueno, es lo que nosotros esperamos, que siga así, sobre todo mejorar.



Kene - Cantagallo



Olinda Silvano Inuma

Soy de Paoyhan, mi madre es Dora Inuma (Sanken Mea); mi padre, Miguel Silvano (Wexapiko). Yo nací de nueve meses, mi madre luego amarró mi ombligo, me curó con el piri piri para que cure mi cuerpo. Después, cuando tenía tres meses de nacida, mi abuelita, mediante la toma de ayahuasca, en su canto me puso la corona para que tenga conocimiento de los diseños (kené). Así he crecido. Dos años después empecé a realizar los diseños.

Tener abuela es una fortuna. La abuela nos enseñaba muchas cosas. Mi mamá Dorita estaba embarazada desde los trece años y mi papito de catorce años. Como era niña, no había podido aguantar el vientre y yo nazco a los siete meses. La abuelita es la partera y ella prepara a la mamá para que el niño nazca rápido. Le da piri piri. Nace el bebé y aparte tiene piri piri de conocimiento. Eso le echa en el ombligo después de cortarle con cañabrava, no cuchillo ni tijera. Hacen eso para que no sufran al hacer kené. Nosotros creemos en las plantas medicinales de nuestros ancestros. De esa manera me curaron con las plantas. Eso estoy trabajando ahorita. Siempre está en mi memoria mi abuelita Rufina y mi abuela Consuelo que todavía vive. Sigue bordando. Ella es la maestra de la comunidad Paoyhan, ella es ceramista, pero ahora no puede hacer la cerámica por su edad. Ya tiene 96 años. Gracias a ellas he podido crecer y he podido conocer el kené. Desde los dos años empecé a





hacer kené debajo de un árbol de ojé, como jugando porque no había materiales. Cuando llovía, yo me iba a ver mi kené, pero no había, ya se había borrado.

Yo vine de Paoyhan a Pucallpa, en la ciudad de los mestizos, a trabajar y para poder estudiar. Luego, de Pucallpa hacia Lima, llegué a Comas. Desde allí me pasé a Cantagallo. Gustavo Ramírez, Elena Valera, Cesar Tananta y otros vinieron primero para poder formar una comunidad en Cantagallo. Nosotras vendíamos nuestros collares en los mercados, también participamos en los talleres que realizaba el CAAAP. A nosotros nos eligieron para ser autoridad aquí en la comunidad.

Estoy viajando, llevando el arte a Rusia o EE.UU. Aquí estoy haciendo el mural.

También hacemos murales con los diseños kené. Como muralista, he viajado en avión a otros países para participar en ferias. Esto me ha permitido crecer como mujer y como artista.



Paoyhan



Jessica Noemi Tananta Sanchez

Mi nombre en shipibo es Soirina y en castellano es Jessica Tananta Sanchez. Mi padre es Weni (Felipe Tananta Vásquez) y mi madre, Reshin, (Antonia Sanchez Ríos), ambos son de la comunidad nativa Nuevo Loreto, provincia de Padre Márquez. Tengo tres hermanas: Isolina, Luisa y Carina, y dos hermanos: Fernando y Felipe Armando.

Nací en la comunidad Nuevo Loreto. Allí teníamos todo. Vivíamos toda la familia en una sola casa: mis abuelos, tíos, tías, primos y primas de mi madre. Éramos felices. Contábamos con grandes chacras de yuca, arroz, maíz, maní, frijoles, frutas como sandías, melón, chacras de plátanos, entre otros. Mis padres sembraban por hectáreas. Mi padre, en la época de cosecha de los sembríos, contrataba personas y luego comercializaba sus productos en toneladas. Los compradores de la ciudad iban allí mismo a comprar; otras veces, mi madre viajaba a la ciudad de Pucallpa a vender sus productos. Con la venta, mi padre nos compraba nuestros útiles escolares como cuadernos, lapiceros, uniformes, zapatilla y mochila que nos duraba todo el año escolar. El cultivo de sembríos era la solvencia económica de mis padres. Mi padre también era pescador. En tiempos de la pesca, capturaba palometa, sardina, doncella y muchos otros peces. Cuando mi padre llegaba a la casa, mi madre les repartía a sus familiares y vecinos. Al cocinar, llamaba a todos mis tíos, tías y primos para el





gran almuerzo. Comíamos sentados en el suelo, de forma circular. En el centro se colocaban los diferentes tipos de platos. En el primer círculo se encontraban las mujeres. En el segundo estaban los varones, donde también se servían diferentes tipos de platos de comida para deleitar.

Otra actividad que mi padre realizaba era la caza de animales en las montañas. Para ir a montar, primero, se reunía con mis tíos y otros vecinos. Los que deseaban ir a montar se ponían de acuerdo con las fechas de salida y regreso y decidían si iban a ir por una semana o quince días. Un aproximado de dos a cinco o más se reunían y viajaban en canoa, remando. La temporada de caza de animales era la época de la creciente. Podías encontrar muchos animales como venado, huangana, sachavaca, aves, monos, entre otros. Todos viajaban con escopeta. Cuando llegaban al lugar, al día siguiente, temprano, tomaban su desayuno y se iban a cazar. Regresaban cargando un venado y otros animales. Mi padre preparaba la carne salada o ahumada. Después de una semana, cuando juntaban carne en abundancia, retornaban a la casa.

Cuando mi padre llegaba a la comunidad, mi madre se encargaba en repartir la carne del monte a los familiares y vecinos. Luego de cocinar, también llamaba a los familiares y vecinos para tomar desayuno y almorzar entre todos. Para ese almuerzo, cada familia traía diferentes platos típicos. Luego llamaban a todos mis tíos, tías y primos para comer.

Mi padre siempre nos decía que nuestra costumbre es comer con toda la familia e invitar al vecino, que nunca seamos mezquinos. Y eso es la costumbre de mi cultura shipibo-konibo. En la comida comparten entre todos.

Cuando abrían la chacra se hacía en minga. Invitaban a sus familiares y vecinos. Todos venían. Mi padre les preparaba almuerzo y su masato a todos los invitados. Es bonito cuando la familia y los vecinos son unidos. Así es la cultura shipibo-konibo. Es lo que rescato de mi cultura y valoro mucho el trabajo en equipo, el ayudarnos entre unos a otros.

En las vacaciones, mis padres nos llevaban al bosque para cazar animales, le llamamos “montear” o “chapanear”. Viajábamos por un día en canoa para cazar venado, mono, huangana, entre otros animales. Mi madre nos hacía comer carne asada de venado, huangana asada a la leña, también sancochada. En este viaje, comíamos mucho aguaje y ungurawi con fariña. Así eran nuestras vacaciones. Todo era felicidad. Para mí no existía la llamada ciudad de Pucallpa ni tenía idea de cómo era.

Un día mi abuela falleció. Era mucho dolor para mi madre y ya no podía seguir viviendo en la comunidad de Loreto. En ese entonces mis padres hablaron y tomaron la decisión de ir a vivir a otra comunidad. Mi padre dijo: “Hay que ir a vivir a otra comunidad llamada San Salvador”, eso quedaba a media hora de la ciudad de Yarinacocha. Así decidió para que mi madre se olvide un poco de la tristeza.

El 5 de junio de 1993 a horas dos de la mañana, nos fuimos a vivir a otra comunidad. Recuerdo aquel día que, faltando una semana, nuestros padres nos dijeron: “Recojan sus cosas, guarden sus ropa y alimentos y las gallinas porque nos iremos a vivir a otra comunidad, cerca de la ciudad llamada San Salvador”. Llegado el día 5 de junio, en la madrugada, a las dos de la mañana, partimos en dos canoas grandes. Empacamos nuestras cosas y con nuestras gallinas viajamos. Mis padres y mis hermanos iban remando en las canoas. Recuerdo que para mí era muy triste dejar a mi tierra donde nací; a mis familiares, tíos, tías, primos, primas y mis compañeros de la escuela. Era muy triste dejar nuestra casa y todas nuestras chacras para buscar otro hogar y empezar de cero.

Surcamos en la madrugada de bajo Ucayali, donde fue nuestra primera parada. Descansamos y nos pasamos una noche cerca a la comunidad Panaiillo. Dormimos en la playa. Luego, al día siguiente, continuamos en nuestro viaje. A las cinco de la tarde llegamos a la quebrada de Cashibococha. Nuestra segunda parada fue en el puerto de Caserío 7 de Junio. De allí continuamos y llegamos un día 7 de junio a horas diez de la mañana a la comunidad de San Salvador.

Allí empezamos de cero. Construir nueva casa con las hojas de shebón, hacer la chacra y adecuarnos a la realidad. Una vez allí nuestra vida cambió. Todo era diferente. Ya no teníamos tierras grandes como para sembrar plátano, arroz, maíz y otros sembríos, porque el nuevo lugar que asentamos era solo para vivir. El terreno era pequeño, ya no podíamos hacer grandes chacras ni mucho menos sembrar en grandes hectáreas. Para mis padres eran una gran preocupación el tema de la educación porque no había con qué trabajar.

Estando en la comunidad continuamos con nuestros estudios de primaria. En esta comunidad era difícil de producir sembríos.

Mi abuela Isolina Tananta era artesana, vivía en la ciudad de Yarinacocha. Mi padre empezó a elaborar flechas, palo de lluvias, collares para vender al por mayor. Mi padre así empezó a trabajar con la artesanía. No había de otra, tenía que buscar un nuevo trabajo, a pesar de las dificultades para poder sobrevivir.

Mi padre viajó a la ciudad de Lima y llegó a Tarata. De allí viajó a otras ciudades como Arequipa y Cusco. Y así viajaba con mi madre vendiendo su artesanía.

En el año 2000, mi padre Felipe, mi madre Antonia y mi hermana Isolina decidieron venir a Lima en busca de mejores oportunidades para nosotros. Trajeron sus artesanías porque ya no había con qué trabajar en la comunidad. Mi padre me cuenta que en ese año llegaron en la comunidad de Cantagallo porque allí también se encontraban nuestros hermanos shipibos. Mi tío César vivía allí y a mi padre le dieron un espacio pequeño para que trabaje su artesanía.

En 2003, mi padre envió nuestro pasaje para viajar a Lima. Nos dijo: "Ya culminaron sus estudios secundarios, ahora tienen que venir a Lima para poder ayudarlos en la artesanía y poder estudiar estudios superiores".

Con mi hermana Carina vinimos a Lima, a la comunidad de Cantagallo. Allí empezamos a ayudar en el trabajo de artesanía a mi padre. Nuestro padre nos dijo: "Ahora que estamos en la capital no será fácil, pero hay que trabajar la artesanía para poder solventar los gastos".

Comenzamos a elaborar artesanía, pintado de telas de mantas, ¡teníamos pedidos! Pero a mí no me gustaba la ciudad. Tenía mucho miedo y extrañaba el silencio de mi comunidad San Salvador. En la capital todo era ruido. El sonido de buses era insoportable. Casi no dormía en la noche por la bulla. La comida no era igual. Ya no comíamos pescado, yuca. Ya no tomábamos masato. Esas cosas se extrañaban. Ya no podía jugar en la tarde como en la comunidad. Aquí, en la ciudad, solo nos dedicábamos a trabajar; ya no teníamos tiempo de jugar vóley en las tardes o jugar fulbito de mujeres como lo hacíamos antes.

En ese tiempo, mi tío Pablo Sánchez Ríos, el hermano de mi padre, le dijo a mi papá: “Mis sobrinos pueden postular en la Universidad Enrique Guzmán y Valle, la Cantuta”, donde él estudiaba. Mis padres dijeron: “Está bien vamos a juntar platita para apoyarle a mis hijos”. Desde ese momento, ya teníamos que empezar a trabajar más horas. Yo hice cincuenta mantas pintadas. Recuerdo que le ayudaba a mis padres para poder juntar la plata y poder postular.

En 2004, empecé a estudiar y me preparé en Cepre-Une. No tenía claro qué carrera estudiar, no tenía quien me asesore. Uno de mis hermanos shipibo-konibo, que también estudiaba en la Cantuta, me dijo que estudiara la carrera de industria de vestido: “Tú puedes crear tu propia empresa y hacer tus propios diseños”, me aconsejó. Entonces, en el año 2005, postulé a la Cantuta en la modalidad de Convenio para Comunidades Nativas e ingresé a la carrera de industria del vestido. Estudié una carrera de cinco años.

En mi etapa de estudiante, los primeros años sufrí mucho porque no dominaba el español. No entendía lo que explicaban los profesores en la universidad. En las noches leía libros y poco a poco fui aprendiendo a hablar el castellano. Era difícil sobrevivir en la universidad porque a mi madre no le alcanzaba para solventar mis gastos. Empecé a trabajar los fines de semana en restaurantes. Otras veces trabajaba en un club campestre como azafata. Me pagaban poco,



pero con eso podía sacar mis copias o hacer algún trabajo designado por los docentes.

Luego, con mi buena calificación, solicité una bolsa de trabajo en la universidad y así trabajaba; después, una vivienda de residencia de señoritas en la casa de estudios y me la otorgaron. Desde allí estudiaba, ya no gastaba en alquiler de cuarto. Así culminé mis estudios en el año 2009. En el año 2010, seguí mis estudios de posgrado en la universidad San Marcos, en la maestría en Estudios Amazónicos.

En 2019, me formé como traductora e intérprete en el Ministerio de Cultura y me acredité en shipibo-konibo. Actualmente, laboro como docente, también apoyo en la coordinación de los talleres que realiza el Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica (CAAAP) en la comunidad shipibo-konibo de Cantagallo. Asimismo, trabajo como traductora e intérprete en Central de Interpretación y Traducción en Lenguas Indígenas de la Dirección de Lenguas Indígenas, Ministerio de Cultura.

Rol de la mujer indígena

Yo pienso que la realidad actual de las mujeres indígenas ya no es como antes. Antes solo se dedicaban a criar hijos y la chacra. No había oportunidad para las mujeres en las comunidades y tampoco había confianza en que una mujer pudiera estudiar y salir adelante.

Ese fue mi caso. Mis padres no tenían confianza en nosotras, las mujeres, porque decían que educar a las mujeres sería un gasto en vano. Que ellas ingresan a estudiar, pero en el camino se embarazan y eso sería un fracaso.

En la actualidad, las mujeres shipibas salen a la ciudad en busca de mejores oportunidades de estudio y trabajo; también asumen nuevos retos, pueden ocupar cargos importantes, ser autoridad en su comunidad o en otros espacios y así ver

crecer a su comunidad e incentivar a más mujeres shipibas. Dejar mensaje de que las mujeres sí podemos salir adelante con esfuerzo y dedicación y así poder educar mejor nuestros hijos que son las nuevas generaciones.

Seguir preservando nuestra cultura en donde nos encontremos, ya sea en la comunidad o en la ciudad. Enseñar nuestra cultura a nuestros hijos, sobrinos porque a ellos le toca una vida dura, así como nosotros hemos pasado. Yo realmente quiero que nuestros jóvenes varones o mujeres sigan adelante, a pesar de las dificultades que se les ponga en el camino y así ser más fuertes para poder salvaguardar nuestra cultura shipibo-konibo.

El Estado debe apostar más apoyo para la comunidad vulnerable, porque nuestras comunidades nativas de Ucayali son los más olvidados. Aquí en Lima, en la capital, es el caso de Cantagallo. Estando a un paso del Palacio, nuestros reclamos de tener una vivienda digna, sin discriminación, no son escuchados. Queremos mayores oportunidades para todos y para los más vulnerables de la comunidad, pero no tenemos apoyo, más bien nos quieren sacar de Cantagallo.

Así, ¿cómo podremos salir adelante con nuestra gente? Esperamos que pueda mejorar esta situación en Cantagallo. Además, la única fuente de ingreso de las mujeres es la venta de artesanía, con ello educan a sus hijos. Yo espero que el Estado pueda atender nuestras peticiones y también apoye a los jóvenes shipibos para que puedan hacer realidad su sueño de estudiar viviendo en la comunidad de Cantagallo.



Llegada a Lima



Mujeres escribiendo historia.
Testimonios de mujeres indígenas en Puerto Maldonado y Lima,
se terminó de imprimir en setiembre de 2024,
en los talleres de Ideas Gráficas Editores S. A. C.
Av. Arica 552, Int. 102, Breña
400 ejemplares



